



SHERRILYN KENYON

DISFRUTA
DE LA
NOCHE



Valerius no es un Cazador Oscuro demasiado popular... es un romano, lo que significa que numerosos Cazadores griegos tienen demasiado resentimiento contra él y su civilización por haberles sometido. Para empeorar las cosas, es muy consciente de sus aristocráticos antecedentes y linaje. Todo lo cual le presta un buen servicio cuando se encuentra con Tabitha Devereaux. Es descarada, sexy y poco dispuesta a tomarle en serio (sin mencionar que es la hermana gemela de la esposa de un antiguo Cazador Oscuro, Kyrian, el enemigo mortal de Val).

Lo que Tabitha sí se toma muy en serio es cazar y matar vampiros... y pronto, junto a Val, tendrán que vérselas con el más mortífero de todos los Daimon, uno que se las arregla para volver de la muerte con un serio rencor hacia ambos. Para vencer al mal, Val tendrá que relajarse, aprender a confiar y apostar todo para proteger a un hombre que le odia y a una mujer que le vuelve loco.

AGRADECIMIENTOS

Para mis fans y mis amigos, que me han ayudado a seguir adelante contra viento y marea; y en particular para las chicas de RBL y para todos aquellos que dedican parte de su tiempo a visitar el sitio web Dark-Hunter.com y sus foros. No tengo palabras para expresar lo mucho que vuestro apoyo significa para mí.

Para Kim y Nancy, gracias por el duro trabajo que hacéis en mi nombre. Jamás me cansaré de agradeceróslo.

Para mi marido y mis hijos, que me quieren a pesar de mi desmedida imaginación y, sobre todo, para mi madre, que me mimó cuando era pequeña. Te echo de menos, mamá, ahora y siempre. Os quiero mucho a todos. ¡Un abrazo!

Prólogo

—Feliz cumpleaños, Agripina —dijo Valerio al tiempo que dejaba una solitaria rosa roja a los pies de la estatua de mármol que ocupaba un lugar sagrado en su hogar.

No era nada comparado con el lugar sagrado que la mujer ocupó en su corazón en vida. Un lugar que todavía ocupaba... pese a los dos mil años transcurridos.

Cerró los ojos y sintió el agónico dolor de su ausencia. El agónico dolor de la culpa que lo embargaba al recordar que los últimos sonidos que escuchó como mortal fueron sus desgarradores sollozos y sus gritos mientras le pedía que la ayudase.

Incapaz de respirar, extendió un brazo y tocó una de sus manos. El mármol era duro. Frío. Inconmovible. Cualidades que Agripina nunca tuvo. En una vida marcada por la más estricta formalidad y la crueldad más absoluta, ella había sido su único refugio.

Y todavía la quería por la ternura que le había ofrecido.

Aferró la delicada mano de piedra con ambas manos y apoyó la mejilla contra la fría palma.

Si le concedieran un deseo pediría poder recordar su voz.

Sentir el cálido roce de sus dedos en los labios.

Sin embargo, el paso del tiempo le había arrebatado todo salvo la agonía que él mismo le había ocasionado. De buena gana moriría otras diez mil veces con tal de librarla del dolor de aquella noche.

Por desgracia, no había forma de retroceder en el tiempo. No había forma de obligar a las Parcas a que deshicieran lo que habían hecho y así concederle a Agripina la felicidad que merecía.

Del mismo modo que no había nada que pudiera llenar el doloroso vacío que sentía desde que ella murió.

Apretó los dientes mientras se apartaba de la estatua y se percató de que la llama imperecedera que ardía junto a ella estaba chisporroteando.

—No te preocupes —le dijo a la imagen de Agripina—. No te dejaré en la oscuridad. Te lo prometo.

Se lo había prometido en vida y jamás había roto la promesa, ni siquiera después de su muerte. Durante más de dos mil años había mantenido esa luz junto a la estatua, a pesar de que él mismo se veía obligado a vivir en la oscuridad que a ella tanto aterraba.

Atravesó el solárium hasta el alargado aparador de estilo romano donde guardaba el aceite. Cogió la botella y regresó junto a la estatua. Acto seguido, se subió al pedestal y vertió lo que quedaba de aceite en el candil.

En esa posición, su cabeza estaba a la misma altura que la de Agripina. El escultor al que le había encargado el trabajo siglos atrás había logrado plasmar cada ángulo y cada hoyuelo de su precioso rostro. Pero era en su memoria donde veía el tono rubio de su cabello. El verde intenso de sus ojos. Agripina poseía una belleza inmaculada.

Dejó escapar un suspiro mientras le acariciaba la mejilla y bajó del pedestal. No tenía sentido demorarse en el pasado. A lo hecho, pecho.

Había jurado proteger a los inocentes. Defender a la Humanidad y asegurarse de que a ningún otro hombre le arrebataban la luz de su alma tal como a él se la habían arrebatado.

Tras comprobar que la llama permanecería encendida hasta la noche siguiente, inclinó la cabeza a modo de respetuosa despedida.

—Te quiero —susurró.

Unas palabras que ojalá hubiera tenido el valor de confesar en voz alta cuando Agripina aún vivía.

1

—¡Me importa una mierda si me arrojan al agujero más apestoso que encuentren para toda la eternidad! Este es mi sitio y nadie va a echarme de aquí. ¡Nadie!

Tabitha Devereaux inspiró hondo y se mordió la lengua para no discutir mientras intentaba abrir las esposas con las que su hermana Selena se había encadenado a la verja de hierro forjado que rodeaba la famosa Jackson Square. Selena se había metido la llave en el sujetador y ella no tenía ganas de buscarla...

Estaba segura de que las detendrían por hacer algo así, incluso en Nueva Orleans.

Menos mal que a mediados de octubre y dada la hora que era (estaba anocheciendo) no había mucha gente en la calle, aunque estaban llamando la atención de los pocos transeúntes que pasaban por allí. Pero no le importaba. Estaba acostumbrada a que la gente la mirase y la tachara de excéntrica. Incluso de loca.

Se enorgullecía de ambas cosas. También se enorgullecía de estar disponible para los amigos y la familia en momentos de crisis. Y en ese preciso momento su hermana estaba desquiciada, más o menos como cuando Bill, su marido, sufrió un accidente de coche que estuvo a punto de costarle la vida.

Intentó forzar las esposas. Lo último que deseaba era que detuviesen a Selena...

Otra vez.

Su hermana intentó apartarla, pero como Tabitha se negó a moverse, le dio un mordisco.

Se apartó de un respingo mientras soltaba un grito y sacudía la mano en un intento por aliviar el dolor. Entretanto, Selena, que no parecía en absoluto arrepentida de lo que acababa de hacer, se repantingó en los escalones de piedra que conducían a la plaza. Llevaba unos vaqueros desgastados y un enorme jersey azul marino que saltaba a la vista que era de Bill. Sorprendentemente, la trenza con la que había recogido su larga melena rizada seguía intacta. Nadie reconocería a Madame Selene, apodo con el que la conocían los turistas, si no fuera por el enorme cartel que sujetaba con las manos y que rezaba: «Las personas con poderes psíquicos también tenemos derechos».

Selena llevaba luchando desde que habían aprobado la estúpida y disparatada ley que prohibía echar las cartas a los turistas en la plaza. Esa misma tarde la policía había tenido que sacarla a la fuerza del ayuntamiento por protestar, de modo que acabó en la plaza, encadenada no muy lejos del lugar donde montaba el tenderete para leer el futuro a los turistas.

Era una lástima que no viera su propio futuro con tanta claridad como Tabitha lo estaba viendo en esos momentos. Como no se soltara de la puñetera verja, iba a pasar la noche en la cárcel.

Sin embargo, no dejaba de agitar el cartel, presa de los nervios y de la ira. Era imposible hacerla entrar en razón. Claro que ya estaba acostumbrada. Los arrebatos emocionales, la terquedad y la locura eran el pan de cada día en su familia debido a la mezcla de sangre cajún y rumana.

—Vamos, Selena —rogó en un intento por calmarla—. Ya ha anochecido. No querrás servir de cebo a los daimons, ¿verdad?

—¡No me importa! —replicó antes de sorber por la nariz y hacer un puchero—. Los daimons no devorarán mi alma porque no me quedan ganas de vivir. Quiero que me de-

vuelvan mi casa. Este es mi sitio y no pienso moverme de aquí. —Acompañó cada palabra de la última frase con un golpe del cartel sobre las piedras.

—De acuerdo. —Tabitha soltó un suspiro contrariado y se sentó junto a su hermana, lo bastante lejos como para que no volviera a darle un mordisco. No iba a dejar que se quedase allí sola. Y mucho menos en ese estado.

Si los daimons no la atacaban, lo haría algún ladrón.

De modo que allí se quedaron sentadas... y menudo cuadro formaban: ella, vestida de negro de los pies a la cabeza, con el pelo recogido con un pasador de plata; y Selena, agitando el cartel cada vez que pasaba alguien por la zona peatonal a fin de que firmara su petición para cambiar la ley.

—Hola, Tabby, ¿qué pasa?

Era una pregunta retórica. Saludó a Bradley Gambieri, uno de los guías que acompañaban a los turistas por las rutas vampíricas del Barrio Francés. Iba en dirección a la oficina de información turística con un montón de octavillas en la mano; ni siquiera se detuvo. Pero miró a Selena con el ceño fruncido, tras lo cual ella le soltó un epíteto muy imaginativo al ver que pasaba de largo sin firmar la petición.

Menos mal que ya las conocía y no se lo tendría en cuenta...

Ellas conocían a casi todas las personas que frecuentaban el Barrio Francés. Habían crecido allí y revoloteaban por la plaza desde la adolescencia.

Aunque las cosas habían cambiado con los años. Habían abierto y cerrado algunas tiendas. El Barrio Francés era mucho más seguro en ese momento de lo que lo había sido a finales de los ochenta y principios de los noventa. Sin embargo, había cosas que no cambiaban. La panadería, el Café Pontalba, el Café Du Monde y el Corner Café seguían en el mismo sitio. Los turistas aún se congregaban en Jackson Square para admirar la catedral y contemplar boquiabiertos a los extravagantes personajes que habitaban la

zona... y los vampiros y los ladrones seguían pululando por las calles en busca de víctimas fáciles.

A Tabitha se le erizó el vello de la nuca.

De forma instintiva, movió la mano hacia el estilete de diez centímetros que llevaba oculto en la caña de la bota mientras observaba a los pocos transeúntes que se dejaban ver durante el mes de octubre.

Era una cazavampiros autodidacta desde hacía trece años. Y uno de los pocos seres humanos de Nueva Orleans que sabía qué ocurría de verdad cuando caía la noche en la ciudad. Sus enfrentamientos con los malditos le habían dejado cicatrices tanto externas como internas. Había consagrado su vida a asegurarse de que jamás hicieran daño a nadie mientras ella estuviera de guardia.

Era un juramento que se tomaba muy en serio; mataría a cualquiera si se veía obligada a hacerlo.

Sin embargo, cuando clavó los ojos en el hombre alto que apareció en esos momentos por la esquina del Presbiterio, se relajó. El recién llegado, que desprendía un extraño magnetismo erótico, llevaba una mochila negra colgada al hombro.

Habían pasado unos meses desde la última vez que estuvo en la ciudad. Y la verdad era que lo había echado de menos, mucho más de lo que debería.

En contra de su voluntad y de su sentido común, había dejado que Aquerón Partenopaeo se colara en su resguardado corazón. Pero, en fin... era muy difícil no adorar a Ash.

Era imposible no reparar en el modo tan sensual en el que caminaba; todas las mujeres que se hallaban en la plaza, salvo la histérica Selena, quedaron hipnotizadas por su presencia. Se detuvieron para verlo pasar como si las dirigiera una fuerza invisible. No había nadie tan sexy como él.

Lo rodeaba un aura salvaje y peligrosa; además, por su forma de andar, saltaba a la vista que tenía que ser increíble en la cama. Era algo que se sabía sin más y que provo-

caba en una mujer la misma sensación que una buena taza de chocolate caliente.

Con sus dos metros y cinco centímetros de estatura, Ash siempre destacaba entre la multitud. Al igual que Tabitha, iba vestido de negro.

Llevaba una camiseta de Godsmack bastante ancha por fuera de los pantalones, aunque de todas formas quedaba claro que tenía un cuerpo de infarto. Los pantalones de cuero, hechos a medida, se ceñían a un culo que pedía a gritos un buen magreo.

Pero ni se le ocurriría hacerlo. De un modo indefinible, Ash dejaba muy claro que debías dejar las manos quietecitas si querías seguir respirando.

Tabitha sonrió al fijarse en sus botas. Tenía debilidad por la ropa gótica alemana. Esa noche llevaba unas botas de motero negras con nueve hebillas en forma de murciélagos.

Se había dejado el pelo suelto. Su larga melena negra enmarcaba a la perfección un rostro de increíble belleza, pero que al mismo tiempo resultaba muy masculino. Inmaculado. Había algo en él que revolucionaba al instante todas sus hormonas.

No obstante, y a pesar de su atractivo sexual, también lo rodeaba un aura peligrosa y letal que le impedía pensar en él como en algo más que un amigo.

Era su amigo desde que lo conoció en la boda de su hermana gemela Amanda tres años atrás. Desde entonces sus caminos se habían cruzado cada vez que pasaba por Nueva Orleans; él la ayudaba a hacer frente a los depredadores que pululaban por la ciudad.

Se había convertido en un miembro más de la familia, sobre todo porque solía quedarse en casa de su gemela y, de hecho, era el padrino de la hija de Amanda.

Ash se detuvo junto a ella y ladeó la cabeza. Como llevaba gafas de sol no supo si la miraba a ella o a Selena. Aunque era evidente que la situación le resultaba cómica.

—Hola, guapetón —lo saludó. Sonrió al darse cuenta de que la camiseta de Ash era un tributo a la canción de los Godsmack titulada «Vampiros». Muy apropiada, ya que Ash era un ser inmortal con colmillos y todo—. Bonita camiseta.

Él pasó por alto el cumplido mientras se quitaba la mochila del hombro y las gafas de sol, dejando al descubierto unos extraños y turbulentos ojos plateados que parecían brillar en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo lleva Selena esposada a la verja?

—Una media hora. Me pareció que debía quedarme con ella para evitar que se convirtiera en carne de daimon.

—Ojalá —refunfuñó la aludida. Alzó la voz y abrió los brazos en cruz—. ¡Aquí estoy, vampiros, venid y acabad con mi sufrimiento!

Semejante despliegue de histrionismo hizo que Ash y ella intercambiaran una mirada entre risueña e irritada.

Ash se sentó junto a Selena.

—Hola, Lanie —la saludó en voz baja mientras colocaba la mochila entre los pies.

—Vete, Ash, no pienso marcharme hasta que deroguen esa ley. Mi lugar está en esta plaza. Crecí aquí.

Ash le dio la razón con un gesto de la cabeza.

—¿Dónde está Bill?

—¡Es un traidor! —masculló Selena.

Tabitha respondió a la pregunta.

—Probablemente siga en el juzgado, poniéndose hielo en cierta parte del cuerpo después de que Selena le diera una patada y lo acusara de ser «el hombre que la coarta».

Las facciones de Ash se suavizaron como si la idea le hiciera gracia.

—Se lo merecía —se defendió Selena—. Me dijo que la ley es la ley y que tenía que acatarla. ¡Y una mierda! No pienso moverme de aquí hasta que la cambien.

—Pues entonces vamos a estar aquí un buen rato —replicó su hermana con sorna.

—Tú puedes hacer que deroguen la ley —dijo Selena volviéndose hacia Ash—, ¿verdad?

El aludido se recostó contra la verja sin contestar.

—No te acerques mucho, Ash —le advirtió Tabitha—, le ha dado por morder.

—Pues ya somos dos —replicó él con cierta sorna al tiempo que mostraba los colmillos—, pero no sé por qué me da en la nariz que mi mordisco puede resultar más doloroso.

—No tiene gracia —protestó Selena, enfadada.

—Vamos, Lanie —le dijo Ash, echándole un brazo por los hombros—, sabes que esto no cambiará nada. Tarde o temprano aparecerá un poli y...

—Y lo atacaré.

Ash la abrazó con más fuerza.

—No puedes atacar a los polis por hacer su trabajo.

—¡Sí puedo!

A pesar de los gritos de Selena, él siguió hablándole sin perder la paciencia.

—¿Es lo que realmente quieres hacer?

—No, quiero que me devuelvan mi tenderete —contestó con la voz rota por la pena.

Ver así a su hermana encogió el corazón a Tabitha.

—Mi tenderete no hacía daño a nadie. Este es mi sitio. ¡Llevo montándolo aquí desde 1986! No es justo que me obliguen a irme porque esos estúpidos artistas están celosos. Además, ¿quién quiere sus asquerosos cuadros del Barrio Francés? Son gilipollas. ¿Qué sería de Nueva Orleans sin sus médiums? Otra aburrida ciudad para turistas, ¡nada más!

Ash la acunó para consolarla.

—Los tiempos cambian, Selena. Yo lo sé muy bien, te lo aseguro, y a veces es mejor así. Por mucho que quieras detener el tiempo, seguirá su camino sin más.

Tabitha percibió la tristeza de su voz mientras consolaba a su hermana. Ash llevaba vivo más de once mil años. Re-

cordaba Nueva Orleans desde que era apenas un pueblo. Es más, seguramente la recordaba desde antes de que existiera en ella ningún tipo de civilización.

Si alguien sabía de cambios, ese era Aquerón Partenopaeo.

Ash enjugó las lágrimas de Selena y le giró el rostro para que mirase el edificio que había al otro lado de la calle.

—¿Sabes que ese edificio está en venta? «Boutique del Tarot de Madame Selene». ¿Qué te parece?

—Sí, claro, como si pudiera pagarlo —rezongó—. ¿Sabes cuánto vale una propiedad aquí?

Ash se encogió de hombros.

—El dinero no es un problema para mí. Dilo y es tuyo.

Selena parpadeó varias veces como si no diera crédito a lo que estaba escuchando.

—¿De verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Podrías poner un cartel aquí mismo para indicar a los turistas dónde está tu tienda, y allí leer su futuro a placer.

Consciente de que por fin, y gracias a Ash, se atisbaba una solución para la locura transitoria de su hermana, Tabitha se echó hacia delante para mirar a Selena a los ojos.

—Siempre has dicho que te gustaría tener un lugar donde no te mojes cuando llueve.

Selena carraspeó mientras sopesaba la idea.

—Sería agradable mirar la calle desde el interior.

—Sí —convino ella—. Ya no te congelarás en invierno ni te asarás en verano. Temperatura regulada todo el año. No tendrás que llevar tus cosas en un carrito y montar el tenderecete todos los días. Incluso podrías tener uno de esos sillones de masaje de La-Z-Boy en la trastienda, por no hablar de todo tipo de barajas de tarot. Tía se pondría verde de envidia... ya sabes que está loca por montar una tienda más cerca de la plaza. Piénsatelo.

—¿Lo quieres? —preguntó Ash.

Selena asintió con la cabeza, entusiasmada.

Ash sacó el móvil y marcó un número.

—Hola, Bob —dijo tras una breve pausa—, soy Ash Partenopaeo. Hay un edificio en venta en Saint Anne Street con Jackson Square... Sí, ese mismo. Lo quiero. —Miró a Selena con una media sonrisa—. No, no necesito verlo. Pero quiero las llaves mañana por la mañana. —Se apartó el móvil de la boca—. ¿A qué hora puedes quedar con él mañana, Selena?

—¿A las diez?

Ash repitió la hora.

—Sí. La escritura irá a nombre de Selena Laurens. Yo me pasaré mañana por la tarde para arreglar el pago. Estupendo. Buenas noches. —Una vez que colgó, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

—Gracias —dijo Selena con una sonrisa.

—No hay de qué. —En cuanto se puso en pie, las esposas se soltaron tanto de la verja como de la muñeca de Selena.

¡Impresionante!, exclamó Tabitha para sus adentros. Los poderes de ese hombre daban miedo. Aunque no sabía si estaba más impresionada porque hubiera abierto las esposas sin despeinarse siquiera o porque se hubiera gastado un par de millones sin inmutarse.

Ash tendió la mano a Selena y la ayudó a ponerse en pie.

—Tú asegúrate de tener en la tienda muchas cosas brillantes para que Simi las compre cada vez que te hagamos una visita.

Tabitha se echó a reír por la mención del demonio de Ash... o lo que fuese, porque todavía no tenía claro si Simi era su novia. Esos dos tenían una relación muy rara.

Simi exigía y Ash complacía sin rechistar.

A menos que el demonio quisiera matar a alguien para comérselo. Esa era la única situación en la que había visto que Ash se mantenía firme frente al demonio, cuya existencia ocultaba a los ojos de casi todos sus Cazadores de la